

ahora: ¿quién fué el primer volteador del mundo?—En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie: yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera.—Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer volteador del mundo fué Lucifer, cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.—Tienes razon, amigo,” dijo el primo; y dijo Don Quijote: “Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oído decir.—¡Calle, señor! replicó Sancho; que á buena fe que, si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí; que para preguntar necedades y responder disparates, no hé menester yo andar buscando ayuda de vecinos.—Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo Don Quijote; que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, despues de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria.” En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á Don Quijote, que desde allí á la cueva de Montesinos no habia mas de dos leguas, y que, si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo, que aunque llegase al abismo habia de ver dónde paraba; y así, compraron casi cien brazas de sogas, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho y Don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas; y en tanto que le fajaban y ceñían, le dijo Sancho: “Mire vuesa merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo: sí; que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra.—Ata y calla, respondió Don Quijote; que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada.” Y entonces dijo la guia: “Suplico á vuesa merced, señor Don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro; quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis trasformaciones.—En manos está el pandero que le sabrán bien tañer,” respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnés, sino sobre el jubon de armar), dijo Don Quijote: “Inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma sogas, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero, pues ya no es posible, ¡á la mano de Dios, que me guie!” y luego se hincó de rodillas, y hizo una oracion en voz baja al cielo, pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura; y, en voz alta, dijo luego: “¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par



Antonio Canicero lo inv.^o y dibujó

Juan Baxcelm lo grabó en Madrid. A. 1777

